

La caridad de Cristo nos urge: ante llamadas urgentes, respuestas urgentes

«La caridad de Cristo nos urge» (2 Co 5,14) no es para la Compañía una frase destinada únicamente a encabezar documentos ni un lema que repetimos por costumbre. Es una palabra que nos pone en pie. Nos recuerda que el amor de Cristo, cuando toca de verdad el corazón, no permite aplazar la respuesta mientras una vida sufre, una dignidad es herida o un hermano queda abandonado al borde del camino. Por eso, ante llamadas urgentes, la caridad reclama respuestas urgentes.

Desde que el 1 de agosto de 2026 comenzó la Asamblea Provincial de España Sur, los acontecimientos vividos en Ceuta han atravesado nuestros trabajos y han golpeado profundamente nuestras entrañas carismáticas. Detrás de cada imagen y de cada noticia hemos reconocido vidas concretas: personas marcadas por el miedo, la violencia, la pérdida y la incertidumbre; hermanos y hermanas que buscan un lugar seguro y una oportunidad para vivir con dignidad. Ceuta no ha quedado fuera de la Asamblea. Su herida ha entrado en la sala, se ha situado en medio de nuestra oración y de nuestro discernimiento y nos ha preguntado: «¿Dónde está tu hermano?».



Precisamente en estos días habíamos estado profundizando sobre las pobrezas engendradas por la violencia y asumiendo compromisos claros de fraternidad universal, disponibilidad misionera y apertura a la fuerza dinamizadora de la internacionalidad. Entonces, la realidad ha venido a pedir verdad a nuestras palabras. Ya no se trataba solo de aprobar unas prioridades para el futuro, sino de permitir que el sufrimiento presente alterara nuestros planes y convocara hoy nuestra disponibilidad.

En este contexto, Sor Carmen Machado, Visitadora de España Sur, transmitió en plena Asamblea la llamada urgente y preguntó qué Hermanas estarían dispuestas a partir si su servicio era necesario. La respuesta fue inmediata y profundamente conmovedora: un buen número de Hermanas dio un paso adelante.

Síes libres y concretos. Vidas ofrecidas sin conocer todavía todos los detalles. Hermanas dispuestas a dejar lo conocido porque Cristo, presente en quienes sufren, volvía a llamarlas desde la frontera.

Esta disponibilidad encontró muy pronto un cauce de comunión. Las cuatro Visitadoras de las Provincias de Hijas de la Caridad de España evaluaron la situación y realizaron un discernimiento conjunto. La gravedad de la llamada no dio lugar a respuestas aisladas, sino a una escucha compartida para valorar las necesidades y ordenar las disponibilidades como una sola Compañía. De este discernimiento nació también una respuesta rápida, generosa y coordinada.

Como fruto de este discernimiento, de ese buen número de Hermanas de España Sur que se ofrecieron fueron elegidas tres, a las que se unirán otras dos de las Provincias de España Este y España Norte, sumando cinco enviadas a la urgencia de Ceuta. Una de ellas, procedente de la comunidad itinerante de Baleares, será sustituida en Palma de Mallorca para asegurar la continuidad de esa misión.

Este gesto nos conduce al corazón mismo de nuestra vocación vicenciana. San Vicente nos enseñó a acudir a las necesidades de nuestros hermanos con la prontitud de quien corre a apagar un fuego. Cuando hay un incendio, nadie espera a que todo resulte cómodo ni aplaza la ayuda hasta tener resueltas todas las dudas: se discierne con rapidez, se coordinan las fuerzas y se acude. Esta es la urgencia de la caridad: no una precipitación sin discernimiento, sino un corazón despierto, unas manos disponibles y una obediencia pronta para convertirse en servicio.

Así, la generosidad de unas hace posible la disponibilidad de otras, formando una verdadera cadena de entrega y comunión. Nadie parte sola: detrás de quien es enviada hay otras Hermanas que asumen su lugar, sostienen la vida comunitaria y garantizan la continuidad del servicio. Las Hermanas procedentes de las cuatro Provincias harán visible que, cuando claman los pobres, las fronteras provinciales se convierten en puentes y la diversidad de la Compañía se transforma en fuerza compartida. El «yo» que se ofrece se convierte en un «nosotras» disponible para la misión, y la Compañía, una en su vocación y en su misión, se hace cercana allí donde el sufrimiento reclama presencia, servicio y esperanza.

La Asamblea ha quedado profundamente conmovida por este acto de generosidad y entrega. Estos síes visibles expresan, en realidad, la disponibilidad de las 130 Hermanas que la componen. No todas pudieron dar el paso —la edad, la enfermedad o servicios que no pueden ponerse entre paréntesis también reclaman fidelidad—, pero tan disponible está quien acepta el envío como quien acepta permanecer, continuar respondiendo a otras llamadas y quedar en retaguardia para posibles nuevos envíos. Dejarse enviar y dejarse quedar son dos formas igualmente generosas de pronunciar un mismo sí.

Lo sucedido es una gracia y, al mismo tiempo, una llamada para todas. Nos muestra que los compromisos nacidos en una Asamblea pueden hacerse carne; que profundizar en las pobreza generadas por la violencia puede conducirnos a compartir la suerte de quienes las padecen; que la fraternidad puede y debe ensancharse hasta la frontera; y que ser una Compañía sin fronteras adquiere su sentido más verdadero cuando la disponibilidad vence al miedo y se convierte en misión.

Quizá esta sea la palabra que Ceuta nos dirige hoy: hay heridas que no pueden esperar. Ante ellas, la Compañía quiere vivir su lema en presente. La caridad de Cristo nos urge a mirar, a dejarnos conmover, a discernir y a partir. Urge a unas a ir en primera línea y a otras a sostener desde la retaguardia; a unas a servir de manera directa y a todas a orar, apoyar, acoger y defender la dignidad de cada persona.

Hoy, estos síes visibles y el sí silencioso de toda la Asamblea no son una anécdota. Son un signo. Nos recuerdan que el carisma permanece vivo cuando el clamor de los pobres puede interrumpirnos; que la vocación se renueva cuando se hace disponibilidad; y que la esperanza comienza cuando alguien, en medio del dolor, se atreve a responder: «Aquí estoy, envíame».

Ceuta ha llamado. La Compañía ha escuchado. Unas partirán y otras permanecerán; pero todas, cada una desde el lugar que le corresponde, han dejado que la caridad de Cristo las ponga en camino.

Sor Magdalena Herrera

